

**TITULO:** Agenda Ciudadana/ [Cien años](#)

**FECHA:** Viernes, 14 Agosto 1998

**FUENTE:** Reforma

**AUTOR:** Lorenzo Meyer

## Aniversario

El torbellino de lo cotidiano -lo urgente- tiende a imponerse sobre lo importante: la reflexión, el sentido del largo plazo y lo trascendente. Para contrarrestar esa inevitable tendencia, hace mucho se estableció la práctica de celebrar los aniversarios; es una forma de detener, aunque sea sólo por un momento, la carrera cotidiana, volver la vista hacia atrás y desde ahí, desde una distancia artificial, otear el horizonte, observarnos a nosotros mismos y a nuestro entorno, evaluar lo hecho y lo que falta por hacer. Este año, hace exactamente un siglo, nació Daniel

Cosío Villegas y hace 60 años él puso en marcha una de sus muchas ideas y acciones constructivas: El Colegio de México. Hoy, cuando domina el caos en la cosa pública y las dudas sobre el destino del país, es útil reflexionar sobre un hombre muy privado que hizo del análisis de la vida pública mexicana el punto central de su pensamiento y de su pasión. Fue su razón de ser y, por ello, de hacer.

## Breve biografía

El lector puede encontrar la biografía de Cosío Villegas en sus Memorias (1976) y en Daniel Cosío Villegas: una biografía intelectual (1980) de Enrique Krauze. Para nuestro propósito es suficiente recordar que don Daniel, como solíamos llamarle en la etapa final de su vida, nació en la Ciudad de México en 1898, en el seno de una familia de clase media dominada enteramente por una férrea autoridad paterna -forma de ser que dejó huella permanente en su personalidad-, que estudió derecho en medio del estruendo, la destrucción y el caos provocados por la Revolución Mexicana, y que el periodo de reconstrucción del país -los años veinte y treinta- coincidió y retroalimentó la explosión de energía, a la vez creadora y crítica, del joven Daniel. Las expresiones concretas de esa creatividad y pasión cambiarían con los años, pero nunca disminuyeron. Al llegar la postrevolución, la

naturaleza de la vida pública mexicana indujo más a la desvergüenza y a la búsqueda de la salvación individual que al cumplimiento del deber cívico, pero fue justamente entonces cuando, nadando a contracorriente, la excepcionalidad de Cosío Villegas se hizo notoria: fue un practicante del patriotismo en un país dirigido por y para beneficio de descreídos y cínicos.

En los años veinte -la época de la construcción de la nueva institucionalidad y cultura mexicana- Cosío Villegas trabajó al lado de José Vasconcelos e inició una labor educativa que combinó con la profundización de su propia educación. En efecto, Cosío se marchó a Estados Unidos a estudiar economía y luego a Europa, para ver a México desde lejos, con nuevos instrumentos teóricos y con ojos críticos. El sentido de la vida y de la oportunidad histórica exigían a Cosío no abandonar esa capacidad crítica que ya le era característica pero, a la vez, le obligaban a "hacer algo": a construir. Era inevitable que Cosío entrara al servicio público, pero lo importante de su larga estadía en esa arena no fue, ni de lejos, su labor burocrática, sino otra muy diferente: la iniciativa y la voluntad para, sin tener ningún poder formal ni acceso a recursos, crear y hacer prosperar lo que no habían pensado o querido hacer los que sí estaban en posibilidad de hacerlo: el Fondo de Cultura Económica (FCE) (1934), El Colegio de México (1938) y, más adelante -como forma de explicarse y explicar el origen de las fallas del sistema de poder imperante- la impresionante y voluminosa Historia moderna de México (1948-1965) que revisaba el pasado mexicano entre la restauración de la República y final del Porfiriato, la pequeña y reflexiva La constitución de 1857 y sus críticos (1957), las revistas que sintetizaban y contribuían al debate en sus respectivos campos y aún subsisten: El trimestre económico (1934), Historia Mexicana (1951) y Foro Internacional (1960). Y como si lo anterior fuera poco, luego Cosío sería el impulsor de dos obras colectivas más: la Historia general de México (1976) y de otra que sería concluida después de su muerte: la Historia de la Revolución Mexicana. Están, además, sus artículos de opinión que aparecieron en el Excélsior de Julio Scherer a partir del '68 y sus ensayos sobre la naturaleza del poder en el México de los años setenta: El sistema político mexicano, La sucesión presidencial y La sucesión: desenlace y perspectivas, entre otros.

El problema ético

Hace años, y tratando de resumir la figura de Cosío Villegas, un colega extranjero aseguró: "fue un liberal, como tantos otros". Corrió mucha agua bajo el puente y al volver sobre el tema y con la experiencia de los años rectificó: "Sí, fue un liberal, pero no como tantos otros: fue distinto".

¿Dónde está esa diferencia? ¿Por qué es útil e incluso necesario subrayarla hoy? Hay varios caminos para dar la respuesta pero, finalmente, todos llevan a un mismo punto: al aspecto ético, o más específicamente, a la moral y sentido de la responsabilidad individual en los asuntos públicos en circunstancias en que las reglas reales difieren -se contraponen- a las legales.

El Daniel Cosío Villegas historiador es impresionante pero, finalmente, como toda obra intelectual, la suya también está sujeta a críticas y, sobre todo, destinada a ser superada. Lo que el paso del tiempo no corroe es el ejemplo: la actitud que asumió respecto a sus obligaciones como hombre y como ciudadano ante el poder. A sus ojos, ese poder nacido de una revolución, finalmente se quedó corto, incluso en sus mejores momentos -en los constructivos y justicieros-, con relación a sus metas. No estuvo a la altura de las circunstancias históricas, y lo peor fue que el costo social de sus fallas aumentó con el paso del tiempo.

Un liberal en el país de los autoritarios

Don Daniel, nos dice su biógrafo, Enrique Krauze, se identificó con, y tomó por modelo a, los grandes del liberalismo mexicano de la segunda mitad del siglo XIX, a los que restauraron la República, a esos que "parecían gigantes" y que eran "fiera, altanera, soberbia, irracionalmente independientes". Buen modelo, pero problemático en extremo para el individuo aislado, pues en México lo que dominaba -y se premiaba- en la esfera pública era la antítesis: una indolente, humillante, mísera y muy oportunista falta de independencia.

Asumir la libertad frente al poder como valor central e irrenunciable y proponer a la crítica como la principal, casi la única razón de ser del intelectual y del académico -"las cosas buenas están bien. Las malas son las que hay que remediar. Es más honrado y más útil

saber con lo que no se cuenta, que jactarse de lo que se posee"- era una decisión que inevitablemente tenía que llevar a quien la tomara a chocar con los valores centrales de un régimen democrático en la forma pero autoritario en el contenido. En un choque de esa naturaleza -el individuo frente al régimen- las posibilidades de sobrevivir en la esfera pública eran pocas, pero Cosío maximizó esas pocas oportunidades. El sistema no lo dobló y en cambio él, en situaciones muy puntuales, sí logró doblar al sistema: le arrancó recursos para llevar a cabo empresas dominadas por el espíritu de la crítica y, finalmente, practicó una crítica directa y pública contra la esencia del autoritarismo mexicano: su inmoralidad e ineficacia.

Desde muy temprano, Cosío eligió vivir dentro del monstruo pero sin hacerle concesiones de substancia.

Obviamente, eso le impidió llegar a altos puestos -al gabinete- a pesar de que tenía la preparación, el talento y la disposición para haber sido, por ejemplo, un magnífico secretario de Educación o Relaciones Exteriores. Relativamente marginado por el poder, Cosío logró, a fuerza de voluntad, extraerle a la burocracia los recursos mínimos necesarios para crear las instituciones donde se podría cultivar a la inteligencia crítica -el FCE, El Colegio de México- y de la misma manera consiguió que la Fundación Rockefeller le otorgara sin condiciones ideológicas o de otra índole, fondos para elaborar la Historia moderna de México -sus pedidos de ayuda a la empresa privada mexicana cayeron en el vacío- sin comprometer un ápice su sentido nacionalista, ese mismo que desde 1947 y en "La crisis de México", le llevó a afirmar que si a causa de los errores de sus dirigentes, México tenía que recurrir a Estados Unidos para salvarse, quizá lo lograra, pero entonces habría dejado de ser México.

### Patriotismo

El término patriotismo, a fuer de haber sido usado para encubrir acciones que son exactamente lo contrario, se ha tomado sospechoso. Pero el Cosío Villegas que se formó intelectualmente en el México de una revolución social y nacionalista recién nacida, era profunda y orgullosamente patriota. El suyo fue un patriotismo bien asentado, que provenía

de combinar el estudio crítico de México con el conocimiento directo del ancho mundo, en particular de Estados Unidos, Europa y América Latina.

El patriotismo -el deber de ser leal a México, a su historia tan llena de tragedias y promesas incumplidas- se traducía, para Daniel Cosío Villegas, en un puñado de puntos fundamentales: a) en la honradez material -no buscar ni usar el puesto público para la ganancia personal e ilegítima- e intelectual -no engañar o engañarse en aras de lograr ventajas políticas-, b) en la construcción de instituciones académicas y editoriales que le dieran a México los instrumentos esenciales para enfrentar sus problemas y retos: ideas realistas y razonables -fundadas en el conocimiento y el análisis sistemático y objetivo- sobre sus posibilidades y debilidades y, finalmente, c) la construcción de una relación positiva pero independiente y digna frente al gran y poderoso vecino que el destino le había dado a México: Estados Unidos, actitud que le costó el ser incluido en 1953 en el índice de los comunistas elaborado por Washington como resultado de una burla de Cosío sobre el "circo" que por entonces organizaba el mayor representante del anticomunismo oportunista: el senador McCarthy.

### Libertad e igualdad

Su rechazo a todas las ortodoxias intelectuales impidió a Cosío Villegas participar de las certidumbres que dominaron en partes importantes de la vida académica e intelectual de México en los años cincuenta y sesenta, es decir, del marxismo, pero eso no le impidió juzgar severamente la injusticia social que veía a su alrededor.

Como bien lo señalara Isaiah Berlin, en su esencia, la libertad y la igualdad social son dos valores que resultan incompatibles. Sin embargo, un ala del liberalismo no se resigna a tener que elegir entre uno u otro. Don Daniel practicó y predicó la libertad frente al poder, pero como ciudadano del país de la desigualdad, no podía negar que la persistencia de una enorme desigualdad entre los mexicanos impedía que el grueso de los ciudadanos pudiera, siquiera, comprender el significado profundo de la libertad política. Una de las razones del fracaso de la Revolución Mexicana había sido, finalmente, para Cosío Villegas el haber permitido la institucionalización de la honestidad, la prevaricación y la enorme desigualdad material entre los mexicanos que eso producía.

Cosío Villegas no se permitió el lujo de caer en el pesimismo, pero sí se sintió profunda y personalmente ofendido por la deshonestidad, la impericia y los excesos autoritarios de la clase política que monopolizó el poder desde 1920. La tesis que Cosío Villegas enunciara en los años cuarenta y sostuviera hasta el final de sus días se mantiene válida: el problema central de la estructura del poder en México es su falta de autoridad moral.

Nota: el autor de esta columna va a iniciar un año sabático en la Universidad de Stanford, y en tanto se adapta al nuevo ambiente, "Agenda Ciudadana" dejará de aparecer. Será una ausencia corta.